

IV

A LELIA.

Cuando marchite tus galanas flores
 El que es de la beldad fiero enemigo,
 Y en vano pidas protección y abrigo
 A los que fueron, Lelia, tus amores;

Cuando todos te olviden; cuando llores
 En triste soledad, sin un amigo
 Que de tu pena ruda al ser testigo
 Anhele disipar tus sinsabores,

Entonces ven á mí; conserva el pecho
 Puro el recuerdo de su afecto santo
 Y olvida tu pasado desvarío.

Entonces, Lelia, ven; mi hogar estrecho
 Contigo partiré, que no lo es tanto
 Que en él no quepan tu dolor y el mío.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

TUS PENSAMIENTOS.

I

Yo cultivo cariñosa
 En unos preciosos tiestos
 Unas plantas florecientes
 De variados pensamientos.

Unos son blancos, muy blancos,
 Unos son negros, muy negros.
 Otros predicen ventura,
 Los otros pregonan duelo.

Los blancos dicen amor,
 Olvido dicen los negros.
 Las unos paz y alegría,
 Los otros dudas y celos.

Y un lenguaje misterioso
 Tienen esos pensamientos
 Que yo adivino en sus hojas
 Cuando en las tardes los riego.

II

El abismo que en tus ojos
 Impenetrable contemplo,
 Me recuerdan con tristeza
 Esos pensamientos negros.

Y la sonrisa agradable
Que en horas tranquilas veo
Jugueteando en tus labios,
Al ver los blancos, recuerdo.

Que lo que de tí recibo
Lo bendigo, lo venero,
Lo mismo grata ventura
Que triste y amargo duelo:

Ora el amor inefable,
O bien el dolor intenso,
Las divinas alegrías,
O los crueles tormentos.

Y siempre llevo en el alma
Tus queridos pensamientos,
Ya sean negros ó blancos,
Como guardo tus recuerdos.

LUIS G. URBINA.

LA ÚLTIMA SERENATA.

A Juan de Dios Peza.

CANTO PRIMERO.

I

Vaga, confusa, incierta,
Como un girón de niebla en el Invierno,
Aun se agita y despierta
Mi memoria rendida,
Con el triste recuerdo de mi vida
Amargo á veces, pero siempre tierno.

No es la historia completa; son escenas
Aisladas, en que el drama
Se desarrolla más, en que las penas
Luchan con el placer que las fascina,
Y en que á través de la confusa trama
La catástrofe triste se adivina.
Empero, más vivaz, más culminante,
Más clara, hay una escena,
Infeliz episodio de mi historia,
Que se presenta sola en mi memoria
Como el suelto eslabón de una cadena.

Allá..... mi dócil pensamiento vuela
En horas de quietud, y por mi frente
Vuelve á cruzar el caso infortunado,
Única nave que dejó su estela
Indeleble, luciente,
Sobre el obscuro mar de mi pasado.

II

Cuando cierro los ojos ahuyentando
 Pensamientos é imágenes sombrías,
 Y, urna de mis recuerdos, abro el alma
 Para que se perfume mi existencia
 Con la divina esencia
 Que exhalan hoy mis juveniles días,
 Miro á través de la dorada gasa
 Del sueño, los diversos,
 Pobres lugares do mi infancia pasa:
 Aquel rincón del patio de mi casa
 Donde compuse mis primeros versos;
 Aquella biblioteca obscura y fría
 Tapizada de viejos pergaminos,
 En donde yo leía
 Los libros peregrinos
 Que exaltaron mi loca fantasía;
 La ventana ruinosa
 Do mi primera novia me besaba,
 La iglesia de mi barrio, silenciosa,
 Triste, churrigueresca,
 Con su nave elevada y gigantesca,
 Su pórtico de toscas esculturas,
 Y sus torres hermosas
 Recortando, pesadas y angulosas,
 El transparente azul de las alturas!

III

Después..... la mente mía
 Cual corcel hostigado en su carrera,
 Se exalta, se aligera,
 Y me conduce á sitios encantados
 Donde pasó mi juventud primera.

Aulas llenas de luz: allí los rayos
 De un espléndido sol, limpio y sereno,
 Indecisos brillaban,
 Ora sobre los rizos
 De cabezas alegres, soñadoras,
 Atentas á la altura
 En que el maestro reposado y grave
 Hablaba con mesura;
 Ora por los rincones
 Iluminando solitarios bancos,
 O ya sobre los negros pizarrones
 Llenos de líneas y guarismos blancos.
 ¡Pacios extensos, amplios corredores
 De mi querida escuela,
 Cuál se refresca la memoria mía
 Cuando á vosotros anhelante vuela!
 Y cuál mi fantasía
 Rompiendo el triste, tenebroso seno,
 Que ocultaba sus galas,
 En vuestro ambiente, lleno
 De luz y poesía
 Alegre empapa las inquietas alas!

IV

Por fin, ya estás aquí, calle tortuosa,
 Estrecha, solitaria;
 Ni un detalle he perdido; la medrosa
 Larga fachada de color obscuro,
 Frente á la tapia donde cada piedra
 Desmoronada, decoraba el muro
 Con un penacho de frondosa hiedra:
 La forma caprichosa
 De dos columnas de labrado rudo,
 En cuya base jónica, reposa

El tosco cuadro del antiguo escudo;
 Y luego, aquella reja
 De hierro ennegrecido
 En la que alguien parece que se queja
 De mi culpable olvido!
 ¡Ah! qué mucho que siempre que os recuerde
 Fachada, tapia, reja, hiedra verde,
 Llore por mi abandono y por mi ausencia,
 Si én vuestra calle, lóbrega y sombría,
 La más pura ilusión de mi existencia
 Se ha quedado llorando todavía!

CANTO SEGUNDO.

I

Yo estaba enamorado: ¡quién no siente
 Arder á los quince años esa llama:
 La edad, en que se piensa en ser valiente,
 En que se sueñan lauros en la frente,
 Y de un sainete vil se forja un drama!

La edad en que queremos como sabios
 Penetrar los arcanos de la ciencia,
 Que alcen un himno á la virtud los labios,
 Ser de los vicios el eterno azote,
 E ir por el mundo desfaciendo agravios
 Con las débiles armas del Quijote!

II

Así nació mi amor: en una tarde
 Pasaba con mi libro bajo el brazo
 Por esa calle, y en la reja aquella
 Ví por primera vez, gentil y pura,
 La niña de mis sueños de ventura,
 Pálida, triste, pudorosa, bella.

Sobre el ancho sillón, las amarillas
 Manos cruzadas en el blando pecho,
 Allí tendida, inerte,
 Sintiendo resbalar por sus mejillas
 La sombra de la muerte;
 Allí, como en un lecho,
 La cabeza inclinada
 Como una flor tronchada;
 Con los ojos cerrados, el cabello
 Desordenado en su revuelto giro,
 Y en el delgado y transparente cuello
 Conteniendo un sollozo ó un suspiro.
 Como un nimbo de luz, un fino encaje,
 Movido á veces por su aliento flébil,
 Ornando su cabeza,
 Y envuelto en blanco y vaporoso traje
 El cuerpecito enflaquecido y débil.

III

Pasé, volví á pasar, y me detuve
 Frente á aquella visión; sentí que el alma
 Se postraba de hinojos,
 Cuando ví que sus párpados se abrían
 Y abrasadores rayos desprendían
 Los profundos abismos de sus ojos.

IV

Y el sol, que se escondía
 Entre las nubes de color sangriento;
 La luna, sin fulgor, que aparecía
 Sobre el obscuro azul del firmamento;
 Una estrella que erraba

Brillando en los lejanos horizontes,
 En el espeso velo
 En que ya la silueta de los montes
 Va cortando los términos del cielo;
 La nieve del volcán, resplandeciente,
 Enrojecida por el sol poniente,
 Y hasta un granado que en la tapia asoma
 Su rama más florida,
 Hablaron de calor, de luz, de aroma,
 De juventud, de porvenir, de vida.

V

¡Qué contraste, Dios mío!
 ¡Qué mirada tan honda de tristeza
 Te dirigió la niña moribunda,
 Madre Naturaleza!
 Yo ante dolor tan vivo,
 Viéndote hacer de tu hermosura alarde,
 Me retiré callado y pensativo.....
 Y así nació mi amor, aquella tarde.....!

VI

.....Después de mis faenas
 Estudiantiles, iba apresurado
 Sintiendo con vigor inusitado
 Correr la sangre ardiente por mis venas:
 Pasaba, como siempre, cabizbajo,
 Tímido, palpitante,
 Siquiera fuese por mirar su sombra,
 El divino perfil de su semblante,
 O escuchar en un éxtasis amante
 El rumor de sus pasos por la alfombra.

VII

¡Cuántas veces la ví, como en un sueño,
 Fijar en mí sus ojos,
 Y aparecer en su mejilla pálida
 Misteriosos y púdicos sonrojos!
 Creí que nuestras almas se mandaban
 Algo como un saludo,
 Y en tristes confidencias entablaban
 Algún diálogo mudo.
 ¿Fué cierto?..... No lo sé; nunca he podido
 Descifrar el misterio,
 Ni al descansar cual hoy, yo en el olvido,
 Y ella..... en el cementerio!
 En mi ánimo abatido
 Yo sólo sé que duerme desde entonces
 La fe con que una vez osaba amarla,
 Cual la chispa en el seno de los bronce
 Mientras no viene el golpe á despertarla.

VIII

Una noche, mi cuarto de estudiante
 No pudo contener, porque era estrecho,
 Todas las ilusiones que brotaron
 Del solitario fondo de mi pecho.
 Al canto de mi amor, como gemidos
 De la suprema angustia,
 Respondieron los últimos crujidos
 De mi lámpara mustia;
 El Invierno, otra vez, á los cristales
 De mi ventana en que se mira un cielo
 Pavoroso y sombrío,
 Fué á llamar con sus lágrimas de hielo

Como cuajadas gotas de rocío.
 De mi alcoba salí, dejando el sueño;
 Crucé las calles tristes y desiertas,
 Llegué á la casa de mi amado dueño,
 Y allí detuve el paso
 Frente á esa línea de fulgor escaso
 Que lanzan las maderas entreabiertas.
 Mi romántico ensueño,
 ¿Dónde vagaba en tan solemne hora?
 Tal vez me parecía
 Que yo era el Trovador de esa Leonora.
 Ignoraba su nombre, y no os asombre
 Que así tuviera la razón perdida,
 Pues todos los delirios de mi vida
 Nunca han tenido nombre.
 Me oculté en un rincón de la fachada;
 ¡Ni una luz; ni un rumor!..... Todo dormía,
 Sólo mi alegre corazón latía.....
 Entre las rotas nubes
 Un astro nada más resplandecía;
 ¡De qué grata ternura
 Se llenó aquella noche
 Mi alma, en el centro de su fe, segura!

IX

Entretanto, mi pálida. . . ¿dormía?
 ¿En mí soñaba acaso? ó reclinada
 En el borde del lecho,
 Sintiendo estaba lo que yo sentía
 Allá. . . en el fondo de mi cuarto estrecho?
 ¡Ah! si estaba despierta,
 Vago presentimiento
 De que yo estaba ahí, frente á su puerta,
 ¿No la haría temblar por un momento? . . .

Trémulo me acerqué, y en el exceso
 De mi cariño puro,
 Imprimí largo beso
 En el pesado y carcomido muro;
 En voz baja le hablé de mis amores,
 En voz baja también canté mis penas,
 Cual cantaban antiguos trovadores
 En dulce mandolín sus cantilenas.
 Mi arpa era el viento, cuya voz eólica
 En la frondosa rama del granado
 Vibraba melancólica;
 Con dulce acento entre la verde hiedra,
 O grave y triste como voz lejana
 Entre los rotos ángulos de piedra
 O el hierro sin color de la ventana.
 Cuando alcé la mirada al firmamento
 Y ví la estrella huérfana y tranquila,
 Lanzándome el reflejo macilento
 De su inmóvil pupila,
 Me pareció que acompañaba al viento
 Y que en aquella noche, breve y grata,
 Entonaba también mi serenata.

CANTO TERCERO.

I

Nueve tardes sin verla; nueve días
 Sin sol, sin luz, sin galas;
 Todas mis alegrías
 Sin fuerzas ya para tender las alas!
 Mi espíritu cansado
 Y el horizonte de mi amor velado.
 Largas horas, que envueltas
 En el manto de sombras del crepúsculo,

Visteis mi angustia horrible,
 Sin que mi labio prorrumiera un grito,
 Y me visteis inmóvil, pareciendo
 Quizá tan insensible
 Como aquellas columnas de granito;
 Si cruzasteis el mundo,
 Horas que el aura de la noche besa,
 En vuestro tardo paso
 No encontrasteis, acaso,
 Un dolor más profundo,
 Más inquietud, más pena, más tristeza!

II

Aquella noche, llena
 De reflejos purísimos, traía
 Ese silencio sepulcral que asombra;
 Recortaba con bordes luminosos
 Los oscuros contornos de la sombra;
 Dibujaba en el muro
 Fantásticas siluetas,
 Y hacía arder su resplandor más puro
 Entre las verdes grietas!
 Yo la miré en la calle
 Tender sobre el quebrado pavimento
 Su luz, como blanquísimo sudario,
 Prendiendo, aterradora cual ninguna,
 El amarillo disco de la luna
 En la elevada cruz del campanario.

III

Y corrieron las horas, y me hallaron
 En la misma actitud, mudo y sombrío;
 El alma estremeciéndose de pena,
 Y el cuerpo estremeciéndose de frío. . . .

¡Qué batalla tan ruda
 Libraron en mí mismo,
 La esperanza, el temor, la fe y la duda!
 Como bíblicos ángeles
 Lucharon sobre el puente del abismo!
 Me decidí por fin; hoy que me acuerdo
 Mi decisión me pasma:
 Crucé á lo largo de la tapia vieja,
 Y, ebrio por el dolor, como un fantasma
 Me detuve en la reja. . . .
 En tan triste momento
 Quiso también acompañarme el viento;
 Gimió en los hierros, empujó la puerta,
 Iluminóse la ventana abierta,
 Y por aquella parte luminosa
 El confuso rumor de una plegaria
 Fué rodando, rodando hasta perderse
 Por la calle torcida, tenebrosa,
 Estrecha, interminable, solitaria. . . .

IV

¡Cómo llegué hasta allí! Sólo recuerdo
 Impresiones primeras;
 El crujir de las ceras,
 De multitud de flores la fragancia,
 Y algunos rostros lívidos
 Llorando en los rincones de la estancia.
 Y blanca, entre las ceras y las flores,
 Por un velo cubierta,
 Allí estaba el amor de mis amores!
 Allí estaba la muerta!
 Me acerqué paso á paso
 Con la alma estremecida,
 Pues que aquel era el delicado vaso

Que contuvo la esencia de su vida.
 Y levanté ese velo,
 Y á la rojiza llama de los cirios
 Ví aquella faz serena,
 De luz, de gloria y de ternura llena!
 Ví aquellas amarillas
 Manos cruzadas sobre el blando pecho;
 Allí tendida, inerte,
 Ya marchitas del todo sus mejillas,
 Ya envuelta por las sombras de la muerte.
 Tomé una de esas manos, seca y fría,
 Y la estreché, temblando, con la mía;
 Y aquel diálogo mudo
 Que interrumpió el dolor y el alma hospeda
 Como á rayo de luz seco follaje,
 Concluyó con el último saludo
 De un espíritu triste que se queda
 Y otro que emprende el misterioso viaje.
 No gemí; no lloré; yo era la nube
 Que en tempestuoso cielo se pasea,
 Bañada en agua por el éter sube,
 Y al no poder llover, relampaguea!

V

¡Oh casta imagen de mis sueños, pasa!
 ¡Pobre rincón del patio de mi casa,
 Corredores extensos de mi escuela,
 Pasad; con retardaros, todavía
 Mi espíritu cansado se consuela!
 No he vuelto á ver la reja ni la calle,
 Mas vivirán en la memoria mía
 Mientras mi débil corazón batalle.
 Alguna noche grata
 Que recuerda mis horas de ventura,

La estrella que cantó mi serenata
 Llena de paz, fulgura,
 Callada y triste, como yo en mi duelo,
 Sobre la muda soledad del cielo
 Que semeja en lo inmenso mi amargura.